

ble, en cualquier caso, que este deterioro hubiera sido causado o acelerado por la intensa degradación que despiertan las dificultades pecuniarias? Valía la pena investigarlo. Y, en efecto, debo añadir brevemente que dos días más tarde investigué este caso. Lo que oí me llevó a disponer que el señor Coleridge fuera beneficiario de un particular acuerdo, cuyos frutos debían llegarle en el plazo de una semana por intermedio del señor Cottle, en Bristol, y cuyo fin explícito era liberar su mente de cualquier sentimiento de ansiedad durante uno o dos años, permitiéndole dar uso natural a sus grandes poderes. Este acuerdo fue aceptado por Coleridge. Para ahorrarle cualquier sentimiento de apuro no se dieron nombres; pero en una carta escrita por él quince años después de estos eventos, hallé que estaba al corriente de todas las circunstancias del caso, tal vez en virtud de alguna indiscreción del señor Cottle. Pero no se obtuvo respuesta a una pregunta más importante: si este servicio había tenido el efecto de aliviar su mente⁸. Durante algunos años se me apareció en verdad liberado de esa carga de abatimiento que le oprimía en nuestro primer encuentro. Serio, en rigor, siguió siendo, y por momentos invadido por la melancolía; nunca lo vi en un estado de jovialidad espontánea. No obstante, puesto que se esforzó en vano durante años por escapar de la cautividad del opio, no era lógico esperar que disfrutara de un estado de ánimo saludable. Tal vez, de hecho, le fuera imposible al sistema recobrar las bases de una acción natural cuando el hígado y otros órganos habían sufrido durante tan largo período de tiempo. El adormecimiento, pienso, ha de ser el resultado de una excitación artificial constante; y durar en proporción a lo que dura ésta. La vida, en tal caso, puede no ofrecer un campo lo bastante extenso como para desenredar los vínculos fatales que han agarrotado la maquinaria del cuerpo e incapacitado su normal funcionamiento.

Entre tanto (reanudando el hilo de una narración serpeante), mientras avanzaba en esta serena noche de verano de 1807 con los ojos puestos en las constelaciones del hemisferio norte, las cuales, como todas las estrellas fijas, por su lejanía inconmensurable y casi espiritual de los asuntos humanos tienden a centrar los persamientos en la caducidad de los problemas terrenales, repasé de manera intermitente todo lo que había oído de Coleridge y me esforzé en hilarlo en un boceto ininterrumpido de su vida. Apenas recuerdo qué sabía entonces; sé poco ahora, y ese poco será lo que anote a continuación.

⁸ De Quincey se refiere aquí al préstamo de 300 libras que hizo anónimamente por intermedio de Cottle. Su idea original era hacer un préstamo de 500 libras, pero Cottle, que conocía bien el carácter de su destinatario, le convenció para que rebajase la cantidad.

Samuel Taylor Coleridge era hijo de un clérigo ilustrado, vicario de la iglesia de Ottery St. Mary, en el cuarto sur del condado de Devon. Es doloroso mencionar que fue casi objeto de persecución de su madre; nunca pude averiguar la razón. Su padre me fue descrito por el propio Coleridge como una especie de Licenciado Vidriera, distinguido por su erudición, su inexperiencia mundana y su cándida sencillez. Compré una vez en Londres, y supongo que aún poseo, dos libros elementales de lengua latina firmados por este reverendo; en uno de ellos, si mal no recuerdo, pueden hallarse pretensiones de más altura que las que suelen darse por lo común en una gramática escolar. En particular, se nos ofrece un intento de reforma de la teoría de los casos; y se nos da una muestra curiosa de la rústica ingenuidad del erudito, quien propone seriamente la abolición de términos tan enfadosos como el de «acusativo»; y con el fin de simplificar el asunto para mentes más tiernas propone que lo denominemos desde entonces caso «quale-quare-quidditive», basándose en un principio incomprensible que jamás pude desentrañar. Solía deleitar regularmente a su congregación dominical con citas en hebreo, que siempre introducía en sus sermones como el «lenguaje inmediato del Espíritu Santo». Esto resultó poco afortunado para su sucesor; era también un hombre docto, y sus feligreses lo admitían, pero por lo común con un suspiro de nostalgia por los viejos tiempos, y una queja lastimera que confirmaba la inferioridad del recién llegado para con el señor Coleridge, pues aquél jamás les daba el «lenguaje inmediato del Espíritu Santo». Tengo entendido que el señor Coleridge se parecía al reverendo tan agradablemente bosquejado en *St. Ronan's Well*⁹ no sólo en su sencillez y sus conocimientos orientales, sino también en su miopía, de la que su hijo solía dar un ejemplo risible. Cenando una noche en compañía de un numeroso grupo de comensales, el modesto ministro se sobresaltó al percibir, o eso al menos le pareció, que un extremo de su nívea camisa emergía de una parte de sus hábitos, que a los efectos de nuestra exposición identificaremos como su chaleco. *No* era su chaleco: pero el decoro nos impide ser más precisos. La porción errante de la que juzgó su túnica fue avisada de sus errores y devuelta a su hogar con gesto vigoroso; pero aun así otro *limbus* insistía en emerger, o parecía insistir, y luego otro más, hasta que el docto caballero empezó a sudar copiosamente en su esfuerzo por restablecer el orden. Al cabo, observó angustiado que algunos restos de la nívea impropiedad seguían sin haber sido reducidos a la obediencia. A este último foco de rebelión dirigió entonces su tarea —extrañamente confundido, no obstante, por la obstinación de

⁹ *Novela de Walter Scott publicada en 1824.*

la rebeldía— cuando la dueña de la casa se levantó de la mesa llevándose a las damas consigo; con ella se levantaron al unísono los demás comensales, y de inmediato se hizo evidente a la concurrencia que el muy capaz orientalista había remetido laboriosamente en los espaciosos receptáculos de sus propios hábitos los niveos pliegues del vestido de su vecina de mesa; y con tal energía que la dama en cuestión sólo podía disponer, en rigor, de una parte mínima del vestido; la consecuencia natural fue, como es obvio, que la dama se hallaba casi inextricablemente uncida al docto teólogo y no podía de ningún modo liberarse; finalmente se hizo posible, gracias a ciertas manipulaciones en el traje del vicario y después de extraer y desenrollar ovillos y más ovillos de tela blanca, en cantidades que al cabo pudieron con la solemnidad de la concurrencia. Una carcajada inextinguible cundió entre los comensales, con excepción del torpe e infeliz doctor, quien, sumamente perplejo, siguió devolviendo tela con toda sus fuerzas hasta pagar el último atraso de su extensa deuda, poniendo fin así a un caso de apuro más memorable para él y su congregación que cualquier caso «quale-quare-quidditive» que pudiera desafiar su erudición.

De niño, y huérfano de padre, S. T. Coleridge fue enviado al corazón de Londres y puesto al cuidado del Christ's Hospital. En este gran establecimiento tuvo como compañeros de clase a varios niños destinados a ganar distinción en su edad adulta, y especialmente a uno que, si bien no gozaba de poderes tan extensos y amplios, tenía un genio no menos original o exquisito que el suyo propio: el inimitable Charles Lamb. Pero en erudición Coleridge superó a todos los competidores y alcanzó el rango de capitán de la escuela. En rigor, debe registrarse como hecho memorable que un niño, antes de cumplir los quince años, tradujese los himnos griegos de Sinesio en verso anacreóntico inglés. No fue una tarea escolar, sino el fruto de la elección y el amor; y para apreciar este fruto en lo que vale debe recordarse la oscura filosofía que constituye el tema de Sinesio. Antes de dejar la escuela, Coleridge tuvo la oportunidad de leer los sonetos de Bowles¹⁰: con tal fuerza se grabaron en su sensibilidad poética que realizó cuarenta transcripciones de las mismas de su puño y letra como regalos para sus compañeros de escuela. De Christ's Hospital, en virtud del alto rango adquirido en la escuela, fue transferido al Jesus College, en Cambridge. Fue aquí, sin duda, donde comenzó su trato con el sistema filosófico de Hartley, pues este eminente individuo había sido miembro del Jesus. También Frennd, de

¹⁰ *William Lisle Bowles (1762-1850), autor de Catorce sonetos, elegíacos y descriptivos, escritos durante un viaje (1789), que tuvo gran influencia en la poesía primera de Coleridge y Southey. Educado en Winchester y Oxford, su ilustre carrera eclesiástica lo llevó a ser capellán del Príncipe Regente en 1818.*

herética memoria, perteneció a esta institución, en la que fue muy posiblemente contemporáneo de Coleridge¹¹. Qué accidente o imprudencia lo alejó de Cambridge antes de completar el curso normal de sus estudios o (según creo) obtener la licenciatura, nunca logré saberlo. Verdad es que había ganado cierta distinción como erudito, habiendo obtenido un premio por una oda griega en verso sáfico, cuyos sentimientos (como él mismo ha reconocido) eran mejores que su griego. Porson¹² tenía la mezquina costumbre de ridiculizar la *lexis* griega de esta oda. En rigor, se equivocaba de diana. La oda era bastante hábil para ser el trabajo de un niño. Pero Coleridge nunca se jactó de tener un dominio de la lengua griega que le permitiera componer con un mínimo de precisión crítica. Poseía, no obstante, una percepción filosófica de la estructura de la lengua más honda de la que jamás pudiera tener Porson.

Los incidentes de la vida de Coleridge hacia este período, así como el relato de un serio desengaño amoroso que tuvo con probabilidad la culpa de que el poeta se alejara de Cambridge, pueden hallarse (ignoro con qué modificaciones) en la novela *Edmund Oliver*, del difunto Charles Lloyd¹³. Es bien sabido que, en el paroxismo de la infelicidad que siguió al rechazo de la dama escogida por su corazón, Coleridge se alistó como soldado raso en un regimiento de dragones. Se cayó de su caballo en diversas ocasiones, pero tal vez no más a menudo que cualquier otro recluta a las órdenes de un maestro de equitación. Coleridge, no obstante, tenía de natural mala constitución para ser un buen jinete. Se le muestra también en *Edmund Oliver* como alguien con dificultades para domar a su montura. Pero el incidente más romántico de este tramo de su vida concierne a las circunstancias de su licencia. Se dice (mas no puedo asegurar la veracidad de esta historia ni de sus partes) que Coleridge montaba guardia como soldado a las puertas de un salón en el que sus oficiales celebraban un baile. Dos de ellos sostenían cerca de su puesto una discusión sobre una palabra o un pasaje en griego. Coleridge dio entonces solución tajante a sus dudas. Los oficiales lo contemplaron sobresaltados, como si uno de sus caballos hubiera arrancado a cantar *Rule Britannia*; le interrogaron; escucharon su historia; lamentaron su infortunio; y, finalmente, prometieron comprar su

¹¹ William Frend (1757-1841), matemático y miembro de la iglesia unitaria. Fue el principal representante en Cambridge de una generación de predicadores, profesores y literatos inspirados por el idealismo original de la Revolución Francesa. De ahí el nombre de «jacobinos ingleses» que a veces se les aplica. Frend, en concreto, fue juzgado por blasfemia y expulsado de la Universidad en 1794.

¹² Richard Porson (1759-1808), profesor de lenguas clásicas en la Universidad de Cambridge. Fue también un articulista brillante.

¹³ Charles Lloyd (1775-1839), hijo primogénito de un banquero y filántropo de Birmingham. Su novela *Edmund Oliver* (1794) incluye un retrato irónico de Coleridge, al que le unió una amistad juvenil que se rompió por motivos nunca aclarados.

licencia. Poco tiempo después, Coleridge conoció a los dos hermanos Wedgwood¹⁴, cuya admiración por sus finos poderes les llevó a costear su viaje por el norte de Alemania; allí, en la universidad de Göttingen, Coleridge completó su educación siguiendo el esquema que se había impuesto. El catedrático más celebrado era el ilustre Blumenbach, cuyas lecciones atendió y de quien habló toda su vida con reverencia casi filial. De regreso a Inglaterra, cuidó con mano amiga a Thomas Wedgwood durante la anómala y dolorosa aflicción que acabó llevándolo a la tumba. Según los doctores, la causa de la continua dolencia del señor Wedgwood era una contracción en alguna parte de los intestinos (se pensaba que en el colon). Los síntomas externos eran apatía e irritabilidad, combinados con una perpetua desazón. Como alivio a este último síntoma, el señor Wedgwood adquirió un carruaje y viajó a lo largo y ancho de Inglaterra tomando a Coleridge como compañero de viaje. Y en un intento desesperado por estimular e irritar la deteriorada sensibilidad de su sistema, he oído decir a un amigo de aquel tiempo que el señor Wedgwood llegó a abrir una carnicería, en la creencia de que las afrentas y discusiones asociadas a tal situación actuarían de manera benéfica en su creciente apatía¹⁵. Este extraño recurso sirvió tan sólo para expresar la angustia que había tomado las riendas de su naturaleza: pronto hubo de desestimarlos; y este hombre dotado pero infeliz no tardó en hundirse bajo el peso de sus sufrimientos. Lo que hizo más memorable este caso fue la combinación de prosperidad mundana que irradiaba este caballero. Era rico, joven y estimado por cuantos le rodeaban; había recibido distinciones por sus logros científicos y honores públicos por sus servicios a la patria; tenía ante él, cuando cayó enfermo por vez primera, todas las cartas en la mano para una carrera espléndida y de gran utilidad.

A la muerte del señor Wedgwood, Coleridge heredó una pensión anual de 75 libras. El otro señor Wedgwood, hermano de aquel, le otorgó una renta equivalente. Poco después se sucedieron su matrimonio, su conexión con la política y sus escritos para publicaciones políticas, su residencia en diversas zonas del condado de Somerset y su resonante encuentro con el señor Wordsworth. En sus opiniones políticas, Coleridge era en extremo sincero y entusiasta. Nadie saludó con más honda simpatía la Revolución Francesa; y aunque tuvo razones para dejar de estimar a muchos demócratas fanáticos de este país, e incluso para renegar del interés revolucionario por la manera en que derivó posteriormente, siguió adorando la causa revo-

¹⁴ Thomas Wedgwood (1771-1805) y Josiah Wedgwood (1769-1843), hijos del fundador de la empresa de cerámicas del mismo nombre. A pesar de su invalidez, Thomas fue uno de los inventores pioneros de la fotografía. Murió joven, como relata De Quincey. Su hermano Josiah heredó el negocio familiar.

¹⁵ Esta historia es con toda seguridad apócrifa, y así se lo hizo notar Josiah Wedgwood a De Quincey.

lucionaria con genuino espíritu miltónico; y siguió, asimismo, aborreciendo la política del señor Pitt con una intensidad que hallo difícil explicarme¹⁶. El inspirado poemilla «Fuego, Hambre y Asesinato», en el que estos tres desastres se reúnen en parlamento para relatar sus horribles triunfos y preguntar luego en un susurro *quién* rompió sus cadenas, a lo que uno por uno responden,

¡Cuatro letras su nombre forman!

expresa su horror por la persona del señor Pitt de una manera harto extravagante, pero sólo con el fin de crear un efecto poético; pues su corazón no albergaba malos sentimientos hacia ningún ser humano; y a menudo le he escuchado repudiar el odio aquí expresado hacia el señor Pitt, como también hizo con elaborada solemnidad por escrito y en público. Por esas fechas, Coleridge trató, con la aprobación de Sheridan, de estrenar una tragedia en Drury Lane; pero su deseo de obtener un éxito en la escena fue arruinado súbitamente por la incapacidad de Sheridan para sacrificar la que, a su juicio, era una buena chanza¹⁷. Una escena mostraba una caverna por cuyas paredes fluían hilillos de agua, y las primeras palabras, en imitación del sonido, eran, «gotas, gotas, gotas». A lo que Sheridan repitió en alto: «Gotas, gotas, gotas, por Dios, que aquí no hay más que *goteras*», provocando una carcajada unánime en los actores que resultó mortal para la obra en examen.

Traducción y notas de Jordi Doce

¹⁶ Se trata, como es bien sabido, de Pitt el Joven (1759-1806), llamado así por acceder al puesto de primer ministro en 1783, con tan sólo veinticuatro años.

¹⁷ Se trata de la tragedia Osorio. Richard Sheridan (1751-1816) es uno de los grandes autores y empresarios dramáticos de la segunda mitad del siglo dieciocho. Entre sus obras cabe destacar *The Rivals*, *The Critic* y *The School for Scandal*, tal vez la mejor comedia de su tiempo.

Coleridge revisó Osorio años después con el apoyo y el estímulo de Byron, estrenándose con el título de *Remorse* (Remordimiento) en 1813.